

ANTROPOLOGÍA

EL BEMBÉ DE SAN LÁZARO
(De Contramaestre a San Luis, Cuba)

GUILLERMO SIERRA TORRES
*(Departamento de Ciencias Sociales,
I.S.P. Feank País, Santiago de Cuba)*

El 17 de diciembre reza en nuestro calendario como fecha de San Lázaro, que en la denominación local se conoce como el Bembé de San Lázaro o santo de Lázaro: día de fiesta, de pago de promesa, de despojo. Se celebra anualmente dentro del ciclo de ritos festivos, regido por el calendario litúrgico católico, que fue transferido a Cuba tanto por la Iglesia Católica como por la religiosidad popular de los diferentes pueblos hispanos (entre ellos, los canarios) que viajaron a nuestro país. Los aborígenes y africanos producirán modificaciones y adaptaciones de estos rituales, e incluso aquellos readaptan sus creencias en un contexto multiétnico y cultural.

Dentro del ciclo ritual festivo, las fiestas patronales alcanzaron gran preponderancia en el país. Las celebraciones eran reconocidas y respaldadas institucionalmente por la iglesia y el estado colonial. Ello permitía que la tradición se consolidara, ya que el ritual podía tener cauce, sin contradicción, en un espacio amplio que incluía plaza y calles. A diferencia, el San Lázaro expresaba más nítidamente la exclusión de clases. Sólo se admitía públicamente el ritual que estaba ligado a la liturgia católica, mientras el «toque de santo» no podía rebasar el marco espacial de las casas de los oficiantes, que en su mayoría pertenecían a etnias de origen africano. Celebrar el San Lázaro en las casas de los oficiantes y devotos se hizo consuetudinario, llegando así hasta nuestros días.

Las circunstancias históricas se modificaron notablemente en los últimos 34 años. Las fiestas dejaron de existir, pero el San Lázaro mantuvo su espacio ritual, consolidándolo notablemente. Su estructura organizativa no se vio afectada como la de las fiestas populares. Muchos de los símbolos y ritos de estas se introdujeron en el San Lázaro. Se produjo así una verdadera articulación de diversos sistemas de creencias y prácticas religiosas con particularidades en las diferentes regiones del país. En la zona de Contramaestre, Palma Soriano y San Luis, en el Oriente cubano, se concretó en forma de un espectro o continuum, en el que los cultos de

origen europeo se encuentran situados en un polo y los africanos en otro, mientras entre ellos se extienden las multiformes variedades de la religiosidad popular criolla (Castellanos, 1992: 278), fenómeno observable en el San Lázaro.

Se «monta» un africano, principalmente un muerto congo por su fuerza. Allí donde lo espiritual no puede darle cauce a una situación, un congo resolverá. Sin embargo, para que abandone a la persona que montó el exorcismo, se realiza un rezo católico (la señal de la cruz), presente también en el santiguado masivo, en cuyo ritual se utiliza el agua bendecida por San Juan (24 de junio).

1. ORIGEN DE LA FIESTA

Se remonta a los confines de la historia del Cristianismo: El pobre Lázaro de la litografía popular recogida por San Lucas en una parábola evangélica. El nombre de este personaje dio origen a la palabra Lazareto, en sentido de hospicio de leproso. Las imágenes de éste San Lázaro llegaron a Cuba a través de España, y representan a un hombre llagado y cojo, apoyado en muletas y acompañado por uno o dos perros. Este personaje fue desplazado a San Lázaro Obispo, cuya fecha de santoral era el 17 de diciembre. Los lucumíes y araras reconocieron en esa estampa al Babalú-ayé de sus tradiciones ancestrales. En África, el orisha es representado como un viejo cojo que viste de rafia y reparte viruelas. En las reglas congas, San Lázaro se asocia a los siguientes nombres: Tata Keñeñe, Pangun Fútila, Tata Fumbr, cura llagas, como (babalú-ayé) Dios de las enfermedades y las epidemias (Castellano & Castellano, 1992).

2. LOCALIZACIÓN, ESPACIO RITUAL Y MARCO TEMPORAL

Las celebraciones tienen lugar en las casas de los oficiantes, devotos y pagadores de promesas. Anteriormente, era más usual esta práctica en el campo, siendo escasa en las zonas urbanas. El bembé fue históricamente una fiesta religiosa de los grupos étnicos africanos, que conservaron sus familias asentadas en las periferias de los bateyes de los ingenios, colonias de caña y fincas de café, fabricando sus bohíos con la autorización de los propietarios. En este espacio interactuaron con otros grupos étnicos como los canarios, en las actividades económicas, en el vecindario, estableciendo tipos de cooperación y de ayuda vecinal, en los juegos y fiestas populares. Como está recogido en un teatro bufo del siglo XIX, «Nicasia, isleña, que se proclama la más llanota de Tacoronte, participa en la fiesta de un cabildo congo como persona de diferentes grupos étnicos» (Quintana, 1885).

El día del Bembé de San Lázaro también los vecinos se personaban. «Al guajiro no hay ni que invitarlo», nos confirma un descendiente canario. No obstante, muchas familias blancas no participaban. Tenían sus reservas sobre el bembé, al que consideraban como «cosa de brujería», inculcándole a sus hijos el miedo. Cuando se aproximaba el 17 de diciembre, se les advertía que no salieran solos, porque los «ñañigos» o espíritus los robaban. Incluso son recientes las historias de niños desaparecidos, robados por «brujo», que se valen de engaños para cogerlos y luego ofrendar su sangre y corazón al diablo. Estas cuestiones son resultado en muchos casos de prejuicios que se establecían entre diversos grupos étnicos, con sus piques que desencadenaron en algunos casos pelea con machetes. Así está recogido en las actas Judiciales de la época, una riña de canarios mineros de Daiquirí con personas de color.

Sin embargo, en los últimos años, las ciudades se estremecen con los toques de tambores y cantos de santos. Las razones están dadas principalmente en la eliminación de prejuicios religiosos, el éxodo de las personas del campo a la ciudad... El cumpleaños de Santa Bárbara, por las propias circunstancias de la crisis generada por el Período Especial, se une con el de San Lázaro, para hacer un uso más racional de los recursos que exigen dichas festividades.

Mucho antes del 17 de diciembre comienzan los preparativos: compra de animales para el sacrificio, según las exigencias, tales como chivos machos (chivato), aves de corral (gallos, guanajos), ingredientes para los dulces caseros: azúcar, coco, miel, maní, y frutas (guineos, mandarina). En el caso de los oficiantes de los cultos afrocubanos, los gastos se reparten entre los ahijados y otras personas, que por conversión han llegado a ser devotos de San Lázaro y Santa Bárbara.

El día 16 de diciembre se le pide permiso a las autoridades. En este caso, el policía, jefe del sector, autorizará indicando la hora del comienzo y fin de los festejos. La tradición ha sido iniciar el toque a partir de las 12 (p.m.). En las zonas urbanas, los permisos especifican que sólo se toque de 6 (p.m.) hasta la 1 (a.m.), y que se continúe al día siguiente, por lo que desde las ocho de la noche se escuchan ya los toques y cantos de santos por las casas de los diferentes barrios y cuadras. Tal normativa ha introducido, por tanto, modificaciones en la duración y tiempo del ritual.

3. ESTÉTICA DE LA FIESTA

El 16 de diciembre se adornan los altares de gran número de casas, colocándolos en la sala. Tienen las características de ser en forma de pirá-

mide escalonada, teniendo los más hermosos hasta cinco escalones cubiertos con telas de color rojo o blanca. Siempre se ubican las imágenes de los santos en un orden jerárquico. En el escalón superior del lado izquierdo San Lázaro y en otro lateral Santa Bárbara. Para ilustrarlo, haremos alusión al que organiza la santera espiritista Clara Reyes:

«El San Lázaro del escalón superior, su imagen pertenece al Lázaro Obispo, vestido de blanco y rojo con corona y de piel blanca. El San Lázaro del cuarto escalón tiene sombrero y guayabera, charlatán, popular, apoyado en una muleta. En el mismo orden descendiente la imagen de Santiago Guerrero y, en el segundo escalón, la última imagen de San Lázaro con tez morena y el pantalón de saco apoyado en una muleta. En el orden descendiente del lateral derecho del cuarto escalón la Virgen de La Caridad del Cobre. En el tercer y segundo escalón tres imágenes de la Reina Africana. Para abrir un santuario, hay que pedirle permiso a ella (V. de La Caridad) y a Dios».

La gente del pueblo tiene la costumbre de entregar este día pequeñas ofrendas, que colocan en el altar, desde dineros a objetos personales, velas, botellas de ron, manos grabadas en yeso o madera, que representan manos curadas por la obra de San Lázaro. También en muchos altares hay imágenes de un indio apache, montado a caballo, sustituyendo a Santiago Guerrero. Asimismo, es frecuente en la zona de Contramaestre, Jiguaní, Baire, Palma Soriano y San Luis la utilización de símbolos aborígenes en misas de limpieza y decoración de altares.

En un rincón, los atributos africanos: Elegguá tallado en madera o barro y los guerreros, el caldero de Oggún, atributos de Changó, la nganga (cazuela con maíz tostado, una penca de millo, gajos de escoba amarga), que son cosas de Babá. Detrás de la puerta, colgado en yeso o papel se estampa un emblema que tiene dibujado un ojo y una lengua atravesada por un cuchillo, para alejar a los envidiosos y chismosos, así como una cruz hecha de yarey o madera de cedro.

En la decoración de los altares están presentes las hojas de plátanos, en calidad de platillos donde se ofrendan los dulces caseros a los santos. Las pencas de coco se amarran en las columnas, postes y horcones. La mata de siguaraya se le despoja de sus hojas para utilizarla como especie de árbol de Navidad, pero se adorna con frutas. Todos estos alimentos serán luego utilizados en el banquete comunitario. En los patios de las casas, amarrados de las estacas, están los animales a utilizar en el sacrificio. Muchos son donados por aquellas personas que han recibido el beneficio de los santos.

Entre los altares que celebran el San Lázaro con toque de santo en las zonas de Contramaestre, Palma Soriano y San Luis se aprecian dos modalidades significativas: los que organizan los santeros-paleros-espiritistas y

los de los devotos que le tocan. En el caso del Bembé organizado por los santeros-paleros-espíritistas y sus ahijados hay una distribución jerárquica de las diferentes actividades del ritual, a cuya cabeza está el médium principal. En el caso de las familias, que celebran el cumpleaños del santo con toque de tambor pero no están fundamentados, los gastos del cumpleaños va por ellos y algunas amistades. El ritual no será muy organizado en el sentido de la fundamentación y rigor que exigen los oficiantes de los cultos afrocubanos, a pesar de que también en estos rituales hay una gran permeabilidad.

La función principal de este ritual es hacerle un buen cumpleaños al santo, lo que equivale a: abundantes animales para el sacrificio, ron, y mucha comida para que el santo quede satisfecho. Y, por otra parte, la acción de «despojo» y «limpieza», pidiendo a San Lázaro que bendiga su hogar: «Lázaro, dale la vuelta a tu casa» «¡Ay, Lazarito!», cantan reiterativamente.

4. LA ACCIÓN RITUAL

Es la hora señalada para iniciar la fiesta. El oficiante o médium principal, que organiza el santo, se sitúa frente al altar y ordena se dé inicio al toque. Pueden ser los tres bata, las tumbas francesas o el tambor.

*Lindo, lindo,
No hay un santo
Más lindo que Elegguá.*

Elegguá, dios de los caminos, las encrucijadas, el mensajero de los dioses, abre y cierra los caminos. Sin invocársele en primer lugar no puede realizarse el ritual. Luego, se le toca y canta a San Lázaro:

*Ñanga, ñanga, Babalú-ayé,
Ñanga, ñanga papá guaní...*

El retumbar de los tambores, el canto de los oficiantes acompañados por un tumulto de personas, que realizan funciones de espectadores pero que rápidamente la música los obliga a pasar del polo contemplativo a la acción dinámica. Los espacios resultan ser estrechos para la gran cantidad de personas presentes. La música y el canto produce un estado de excitación, que va electrizando a los participantes, todo unido a la influencia del médium que se dispone a entrar en trance, y sobre el cual girará la acción principal.

Veamos un ejemplo de lo dicho hasta aquí. Una joven, descendiente de haitianos, canta y baila una especie de danza, girando un machete mocho por encima de los hombros, mientras baila hacia adelante y hacia atrás abriendo una brecha entre el gentío. Está «montada». Es Oggún Guerrero. Se produce el trance y la posesión, la acompaña el coro:

Do, ando, cómo se baila,

Mira Guerrero lo lindo que baila...

Una botella de aguardiente, en su variante más popular el «azukin», destilado artesanalmente a partir de la fermentación del azúcar colado por un serpentín, de alto grado de alcohol, impurezas y olor fuerte, pasa de una mano a otra. El calor hace sudar, evaporándose unido al humo de tabaco, y contaminando todo el ambiente.

Oggún Guerrero habla con tristeza a la familia por boca de la joven. Dice en un bozal, que por la mímica y expresiones se entiende como que: «el viejo murió por abandono. Si no cuidan a la vieja, va a «morir». Hay como un sentido de culpa, ya que los hijos han abandonado a la vieja. La joven adquiere una expresión que asusta. De súbito se desploma. Rápidamente la madrina pide que le dejen controlar la situación, a la vez que dice cantando: «Ego Ego»... marcando el fin de la música. Se produce en todos los participantes como un estado de liberación. Mientras sostienen a la muchacha, la madrina le reza un padrenuestro para liberarla del muerto, hasta que la muchacha recupera su identidad incorporándose de nuevo al grupo. Se reanuda el toque y el canto. La madrina le habla a sus ahijados: «canten y no evadan la corriente. Si llega, hay que cogerla».

San Lázaro hace su aparición en la madrugada. La dramatización siempre la hace un hombre. La forma de sus vestimentas es diversa. Algunos se visten con el modelo más original: sombrero viejo, ropa de saco, pañuelo rojo en el cuello y una muleta. Por cada casa de las celebraciones hay un Lázaro. También las hay modernas: jean, pullover, pero siempre cojo acompañado de su muleta y un perro. Esta escena que dramatiza al Lázaro de la parábola de San Lucas, o el de las leyendas de Chopono, establece el lazo entre el pasado y el presente, entre el poder divino y los achaques terrenales. Lázaro es portador de las enfermedades que atacan al hombre, causadas por agentes patógenos: lepra, sarna, granos, la parálisis llamada el «mal de Lázaro». Pero él tiene el poder de curarla. La oración de San Lázaro, los baños y despojo con escoba amarga eliminan la escabiosis. El guacusí, planta que pertenece a Babalú-ayé, cura las llagas. Es un depurativo. Su resina sirve para curar la sífilis, la corteza para las bubas, las hojas para los intestinos, las raquiñas y el reumatismo. Esta doble dualidad de Lázaro, de portar el mal o de curarlo, es una cualidad de todos los orishas.

Se aproxima la hora del sacrificio. Antes de matar los animales se produce un despojo masivo, donde se articulan símbolos y acciones rituales específicas del bembé realizado por santeros-paleros-espiritistas, y diferentes del realizado por personas que profesan el catolicismo, donde el agua clara es tomada del río el 24 de junio, día de San Juan. Como de costumbre, antes de amanecer, que es agua bendecida, sitúan la palangana en el centro de la sala con el agua y las hierbas, especialmente albahaca. El que santigua, toma en la mano un gajo y en la otra un crucifijo, diciendo de memoria un rezo, y haciendo la señal de la cruz, similar al santiguado para el mal de ojo, sacudiéndole por todas partes. Luego, riegan este agua por toda la casa. Por el contrario, el «despojo con candela» es un ritual ligado a los cultos afrocubanos. El médium, babalao o gangulero, con una vela encendida y tomando bocanadas de alcohol, que lanza por doquier formando una bola que explota al encenderse, limpia su hogar y a los presentes. Esta acción la realiza en estado de trance, mientras otro médium en «posesión» va llamando uno por uno a los asistentes tomándolo de las manos, procedimiento que conecta al médium, poseedor de la energía del muerto con la persona a despojar. Les da unas vueltas, tipo baile de casino. Muchos salen con dolor de cabeza, otros entran en trance o se marean. Esta acción está encaminada principalmente a recoger lo «malo» que llegue, y darle paso a lo «bueno»: el baile. Las vueltas coordinadas, cánticos, toque de tambor facilitan el trance y lo hacen cada vez más intenso. Se trata de una técnica de bombardeo sensorial muy permeada de símbolos y acciones espiritistas. El médium se sitúa frente al altar y comienza una rogativa a los santos. Se le pide porque se mejore la situación del país. Así es posible un mejor cumpleaños. Luego continúa el despojo a los ahijados y familiares y a todo el que lo desee, creándose espontáneamente una cola. Uno a uno se someten al ritual hasta agotarse la cola.

Como se puede apreciar, esta acción ritual gira en torno al bien y al mal, los vivos y los muertos, presente y futuro. Participan amigos, jóvenes y ancianos, adultos con sus hijos, enfermos y sanos, blancos y negros. Hay una gran aceptación por parte de múltiples colectivos. El «daño» que se padece o puede acontecer dentro de alguno de los familiares, producto de un enemigo desde «fuera» de la casa, actúa como elemento de cohesión. Hay que recurrir al San Lázaro, ocasión propicia para «protegerse», «despojarse», sin distinción de que las casas de las celebraciones sean de personas negras o blancas. En este sentido, la creencia refuerza el sentimiento de solidaridad comunitaria entre los diferentes grupos étnicos y estratos sociales, a pesar de que existen diferencias en las formas de evocar esta devoción.

El sacrificio es tradición hacerlo a las 5 (a.m.), pues «a los santos les gusta matar a lo claro», nos confirma un informante. Se ordena a uno de los ahijados desatar el chivo macho y traerlo, situándolo frente al altar, mientras retumban los tambores, acompañados de la campana. Los ahijados se aglutinan alrededor del animal, que será entregado como ofrenda, sometiéndolo a un estado de purificación, que consiste en bañarlo con agua. Esta fase está acompañada de las siguientes frases verbales:

*Corre el agua,
corre el agua,
corre el agua, mi Yemayá.
corre el agua.*

Se acelera el toque del tambor. Un palomo ruge constantemente, dándole mayor solemnidad al ritual, mientras se canta de forma reiterada:

*Sangre va a correr,
Mi nganga ya uréo.*

Esta idea fija engendra una obsesión. La madrina con los ojos en blanco y virados parece estar como en un éxtasis, mientras baila sin ritmo, como un robot, fumando un tabaco y soltando bocanadas de humo al chivo y las personas que están alrededor. El humo también actúa como un agente purificador. Uno de los ahijados se monta encima del chivo, mientras le suspende la cabeza halándole por la barbilla. De un solo tajo le corta el cuello. La sangre es recogida por la madrina en una cazuela. Bebe la sangre y le da a sus ahijados. El resto, la mayor parte, será ofrendada a los santos y al muerto, vertiéndola en huecos y orificios de una ceiba, lo cual alimenta y fortalece a los espíritus. El sacrificio es realizado fundamentalmente con este propósito, establecer la relación entre seres humanos, naturaleza y seres supremos, en una comunión con los dioses. El resto del chivo se cocina. La comida que se ofrenda a los santos y el muerto no puede llevar picante. La de ellos es la primera que se reparte. Luego, a los ahijados e invitados, momentos que refuerzan la hospitalidad y la solidaridad entre los participantes. Es tradición en el Bembé regar algunos alimentos por los alrededores de las casas, principalmente maíz. Otros objetos, que se utilizaron en la limpieza, son arrojados al río o enterrados. Todo el resto del día es de toque, canto, y se ingiere mucha bebida.

5. A MODO DE SÍNTESIS

La fiesta de San Lázaro es un espacio integrador de múltiples tradiciones culturales, expresado en la secuencia de sus rituales. En ella se obser-

va cada vez más la participación popular, vinculándose elementos profanos y religiosos. Las personas participan en el ritual, se santiguan, pagan sus promesas. Otras van a divertirse, bailan, toman y aprovechan la oportunidad para desconectar. El espacio ritual del San Lázaro se mantiene, mostrando cada año que pasa un mayor desarrollo.

El culto a San Lázaro presenta variantes que van de la africana a la hispana, en un continuum de formas intermedias. En una zona donde ha dominado demográficamente el afrocubano, el canario desarrolló sus cultos y creencias, traídas de la sociedad de origen, pero fue incorporando nuevas formas y variantes de religiosidad, debido al aislamiento relativo de colonias de caña y bateyes.

6. BIBLIOGRAFÍA

CASTELLANO, J., y CASTELLANO, I.: *Las Religiones y las lenguas, Cultura Afrocubana 3*. Miami, Ediciones Universal, 1992.

CABRERA, L.: *El Monte. La Habana*, Editorial Artes y Literatura, 1987.

JAMES, J.: «La vida y la muerte en el espiritismo de cordón». En *Muerte y Religión*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1994.

– *En las raíces del árbol*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1988.

MATEO LÓPEZ, M.^a C.: «Las relaciones interétnicas canario-africanas en Cuba. A propósito del sistema de creencias». *Congreso Mundial de Migraciones y Sincretismo Cultural*, Santiago de Cuba, 1994.

MILLET, J., y ALARCÓN, A.: «Aspectos del ritual vuduista en Cuba». *Revista del Caribe VII* (18), 1990.

ORTIZ, F.: *Los instrumentos de la música afrocubana*. La Habana, Cárdenas y Cía., 1954.

– «La música sagrada de los negros yorubas en Cuba». en *Estudio Etnosociológico*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1991.

QUINTANA, J. M.^a: «La Trincha». En *Teatro Bufo, siglo XIX. Antología*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1975.

ROSARIO, J., y SIERRA, G.: «Estudio económico y sociocultural de los inmigrantes canarios en Contramaestre (1900-1950)». *Revista Guize 2*, 1995.